

Luiz Ruffato – *De mim já nem se lembra*
São Paulo: Moderna, 2007.

Cristovão Tezza – *O filho eterno*
Rio de Janeiro: Record, 2007.

Francismar Ramírez Barreto

Secreto a voces

Publicadas en el mismo año, dos narrativas recientes dan cuenta de la sociedad brasileña de las últimas tres décadas. Una a manera de novela epistolar (rotulada curiosamente como un volumen infanto-juvenil) y otra en tono confesional. La primera fue escrita por Luiz Ruffato, la segunda por Cristovão Tezza⁶. Más adelante veremos que incluso esta manera de presentarlas toma sentido al momento de una lectura compuesta. Como referencia personal o como testimonio, las historias han podido encauzarse en el camino de la crónica. Al final tienen material para ello. Sin embar-

⁶ Ambos libros fueron publicados en portugués. Hasta el momento no se han vertido al español. Todas las traducciones son libres.

go, los dos autores introducen el tema familiar, lo que éste representa en sus vidas y lo que un secreto (aunque sea a voces) puede desencadenar por medio de la ficción asumida. Y así dejan al lector en la encrucijada que se despliega entre la anécdota y el cuadro teatralizado.

Escritas entre febrero de 1971 y marzo de 1978, cincuenta cartas dan cuerpo a *De mi já nem se lembra*, de Ruffato. Aunque el prefacio anuncia la presencia de un doliente, la lectura de las misivas (que al parecer fueron reales) gana un significado ficcional con la *Advertencia sobre los escrúpulos de la fantasía* de Luigi Pirandello, prolongación del último billete: “Un caso de vida puede ser absurdo; una obra de arte, si es obra de arte, no” (p. 99). El libro es justo esto: un caso de vida que se siente absurdo y ahora llega a nuestras manos como obra de arte, entre dos tapas y con 99 páginas.

El 2 de febrero de 1971, José Célio, natural de Cataguases (Minas Gerais) hace su primer viaje largo a São Paulo. Viaja en autobús, no consigue dormir. Está consciente de que las mejoras en su vida llegarán como producto de una lucha. Aspira el regreso triunfal a su pequeño pueblo y arrastra con dificultad la posibilidad de no “volver” a los suyos. Se muestra fascinado por los primeros trazos de una verdadera ciudad. El terminal de autobuses le parece “bonito” y la escalera mecánica le produce “miedo”, al punto de pensar en regresos progresivos para “entrenar”. La pensión que le da refugio está llena de “gente de fuera”, personas de otras ciudades de Brasil que migran a la “ciudad grande” con la expectativa de una vida mejor.

Poco a poco, José Célio alimenta la comunicación con detalles sobre el primer empleo, la nostalgia insalvable que lo separa de su terruño, la grandeza del fútbol en vivo (en el Pacaembu, en el Morumbi, en el Mundial de Fútbol), el primer amor, la buena relación con sus jefes y colegas, la preocupación por sus hermanos menores (Lúcia y Luiz), el envío de dinero a sus padres, las desapariciones sospechosas de compañeros de trabajo (signo de dictadura) y comentarios breves sobre lo difícil que le puede resultar a un “provinciano” (forastero en suelo propio) ser “alguien”. En cierto momento él comentará no sentirse ni de Cataguases ni de São Paulo, “no soy de ningún lugar” (12 de enero de 1975), como si de cierta forma pasara a encarnar la idea de un sobreviviente. Además de sensibles, las cartas dan muestra de un espíritu afable, un sentir pausado que se puede asociar a las personas de Minas Gerais.

La destinataria exclusiva de este diálogo por escrito es la matriarca de los Ruffato. Ella es el segundo gran personaje de esta narrativa. No apenas por ser receptora de las nuevas, buenas y no tan buenas, como por el esfuerzo que obra para mantener su familia en pie. Ella se gana la vida lavando ropa. En el prefacio al que recurre el autor para explicar el origen de las cartas, vienen a colación las quince cestas que refriega por semana y las manos quemadas por causa del cloro. Un buen día se enferma, no está más. Le toca al resto de la familia disponer de las pertenencias. En ese proceso aparecen bajo de la cama – dentro de una caja de madera – las cartas de un hermano que sólo vivió 26 años, enlazadas con un pabilo. El papá está presente. Con él sucede lo inesperado: un día le pronostican seis meses de vida y 25 años más tarde aún es testigo del material epistolar.

Siete años – largos si se toma en cuenta la nostalgia y las consecuencias– vive José Célio en São Paulo. La historia se trunca en 1978, entre Vassouras y Paraíba do Sul, con el choque de un fusca amarillo y un camión. Antes de ir a São Paulo, Célio obtiene una credencial técnica en Cataguases como plomero y mecánico. En suelo paulista eso lo convierte en “mano de obra calificada”. Lo curioso de esta historia, no obstante, es que la tragedia no se restringe al accidente de tránsito. Entre una carta y otra, deshilachando el pasado, nos chocamos con la violencia de la desigualdad social (“para el gobierno el pobre es basura, es nada” – p. 82), con ideales arruinados, con la realidad cruel de los desposeídos y con la imposibilidad de acceso a una nueva clase social (visible en la relación con la Nena). Lo que Célio cuenta también hace pensar en la necesidad de “salir” para sobrevivir y ayudar en el sustento familiar, para ganar el equivalente a cuatro salarios mínimos. No hay perspectivas en su propio territorio. Como tampoco las hay en la miseria cearense, adonde viaja para conocer los familiares de su prometida. “En este mundo sólo vence quien impone respeto en los otros”, dice la carta del 16 de julio de 1972. “Los estudios son la única manera de subir en la vida”, remata la del 29 de octubre del mismo año.

Bordeando la narrativa, tangencial pero visiblemente, aparece la discusión sobre el papel de la mujer brasileña en la década de 1970. La razón por la que Célio comienza a desconfiar de la Nena como “buen partido” tiene que ver con las aspiraciones de la moza. Ella quiere ir a la universidad, ser profesora y conseguir su independencia. Él rechaza “toda

esa modernidad” porque necesita una persona que cuide de los hijos. Por otro lado, teme que disientan en las aspiraciones (ella una mujer con formación, él un obrero), aunque el padre y el hermano de la Nena sean obreros.

La represión política de estos años también cercena la libertad de Célio. Empleado en una “firma” como obrero, el joven nota el desaparecimiento de un colega, conversa sobre la posibilidad de que le confisquen cartas, recomienda que se rompan las más comprometedoras y comenta las rondas de un “delator” de la Policía Federal. En diciembre de 1976 le advierte a su madre: “La señora sabe que vivimos en una dictadura que arresta y mata trabajadores, que lo único que quieren es cambiar la situación injusta del país, mas no hable de eso en Cataguases, si no ellos la arrestan y dicen que la señora es comunista” (p. 90). Puede ser que la dosificación de comentarios se deba a las retaliaciones de los censores. Lo cierto es que ahora “deben cuidarse”. De la mano de la situación política camina el drama económico. Para obtener más dinero Célio vende sus vacaciones, a veces vende “sólo” la mitad de las vacaciones. Cíclicamente el mundo laboral lo empuja al compromiso político. En octubre de 1977 comenta la movilización conseguida en la campaña por la reposición salarial del 34,1%, “un índice que el gobierno robó del trabajador” (p. 95). Con Célio en el sindicato – algo que los propios trabajadores gestionan dada su buena reputación – el gremio obtiene reivindicaciones sin par.

Honestidad brutal

Si bien Ruffato estimula la propuesta ficcional con la coletilla de Pirandello, Cristovão Tezza nos induce a ejercicio similar con un epígrafe de Thomas Bernard: “Queremos decir la verdad y, en tanto, no decimos la verdad. Describimos algo buscando fidelidad a la verdad y, en tanto, lo descrito es otra cosa que no la verdad”⁷. Pudiendo ser apenas un incidente, “una historia basada en la vida real”, el torbellino que sobreviene a la cita se convierte, página a página, en un referente notablemente retrabajado. *O filho eterno* cuenta la historia de un padre y un hijo, un escritor y su niño trisómico (portador del Síndrome de Down). Hasta

⁷ Bernard, *apud* Tezza, *O filho eterno*, p. 5.

cierto punto muestra también la historia de dos artistas. ¿Es más autor el individuo que escribe y guarda, o el hijo que pinta y vende? El padre, que nunca se presenta con nombre y apellido (habla de sí en tercera persona), se encuentra en permanente tensión: “Hay un escenario montado para el papel y en él debe mostrarse felicidad. Orgullo, también” (p. 10).

La llegada de Felipe, su primer bebé, ocurre a los 28 años. En teoría debe sentir alegría mas esa alegría no llega. Mucho menos sin casa, empleo, estabilidad y al margen de lo socialmente esperado. Él afirma “actuar” en un mundo de falsedades y vivir en un constante “simulacro”. Es un increíble. A pesar de saberse talentoso con las palabras y tener algunos libros engavetados (*O terrorista lírico, O filho da primavera, Ensaio da paixão, A cidade inventada, Aventuras provisórias*), siente “el peso del ridículo de ser escritor” (p. 213). En ese momento vive de impartir clases de redacción y revisa tesis de maestría sin distinción de tema. Su sueño velado es ser relojero. Para él un hijo no es una “realización”, ni una bendición. Sino una “inmolación al sistema”, como si todos debiésemos cumplir con los imperativos de un orden mayor.

La libertad es uno de los dilemas de este adulto. En su cabeza tener hijos equivale a dilapidar un privilegio y ser libre debería ser vivir solo. Aunque pueda pasar por cínico, el cuestionamiento es válido: ¿por qué todos deben experimentar la paternidad? ¿Cómo debe asumirse la llegada de un hijo enfermo? ¿Qué tipo de sentimientos despierta un evento de esta naturaleza? ¿La solidaridad es una actuación, es un sentimiento genuino? ¿Qué salida le queda a quien entiende el *casamiento* como un papeleo ridículo, el *nacimiento* como “una brutalidad natural” y la *familia* como “un horror necesario – o inevitable” (p. 24)? “¿Las personas imprevisas pueden formar parte de una vida normal?” (p. 85). ¿El rechazo debe asumirse con vergüenza? El escritor reconoce que “la vergüenza regula desde el catador de basura hasta el Presidente. Es una llave poderosa de la vida cotidiana” (p. 45).

Como si tomase el bastón dejado por Ruffato, la narrativa de Tezza comienza el 3 de noviembre de 1980, día del nacimiento de Felipe. El cuadro completo transcurre en 25 años y varias ciudades: Curitiba como lugar de nacimiento del padre; São Paulo como su casa posible; Río de Janeiro como la ciudad del tratamiento alternativo que no funciona y Florianópolis como la ciudad del trabajo. A pesar de ahogarse en la

negación, el adulto se permite cambios progresivos. Primero observa que el hijo no incomoda: “Niños mongólicos duermen mucho, son hipotónicos, lentos en todo” (p. 70). Luego de imaginar varias salidas disparatadas (para deshacerse del bebé), piensa que tal vez sea él quien necesite una evaluación médica. Más adelante examina su juventud y la compara con la juventud de su hijo. En otro momento piensa en las condiciones de salud de acuerdo con el poder adquisitivo. Ya probó los consultorios de personas adineradas, clínicas privadas y cuadros de buen gusto (p. 82), y los espacios de indigentes donde “todo lo pobre es abiertamente visible (...). No es una maldición; es pura estadística” (p. 82).

El prejuicio, el examen científico, el sentimiento, el pasado y el deber ser son las instancias que rondan la mente de este señor. Delante de sí existe un hijo-problema, un enfermo, un hijo-defectuoso, un incompleto y un hijo-milagro. El sacrificio, más que una exigencia, pasa a ser la norma: la casa se convierte en una extensión de la clínica, la paciencia consigue la motivación, llega la sensación de fracaso (y también una nueva bebé), la terquedad del niño es domesticada, pasa a vivirse un tiempo casi onírico (el presente absoluto), se piensa en la conquista de un trabajo fijo (tal vez como funcionario del Estado) y en la escuela especial.

La ternura hacia el hijo demora en llegar. El padre descubre la sensación en el primer extravío del muchacho y el afecto mina cada meandro de la relación. Cuando irritado al extremo, el chico responde con un golpe (y el adulto se enorgullece). La fuerza de la práctica amansa los trazos de sus cuadros. Sigue el fútbol nacional aunque confunda los equipos. Y abraza una particular *visión de mundo* donde no hay espacio para la acumulación (ni de lo positivo ni de lo negativo). La sensación de posibilidad truncada no desaparece del todo. Pero de eso se trata al final la familia: “el juego comienza de nuevo. Ninguno tiene la mínima idea de cómo va a acabar, y eso está muy bien” (p. 222).

Es en la dimensión familiar, en la tragedia íntima y en el riesgo latente de que algo le suceda a “cualquiera de los míos” que Tezza y Ruffato conversan. Los narradores de estas novelas no son simples ficcionistas. Las respectivas “lecciones” los convierten en confidentes y testigos de los peligros del vivir. En este diálogo imaginado, las obras se hacen eco de un ajuste de cuentas con la historia personal. Para ello vale por igual un mazo de cartas o una diáspora por clínicas privadas y hospitales públicos;

una madre que vive para salvaguardar la memoria de un primogénito fallecido antes de tiempo; o un padre que no encuentra salida (en su fuero interior) para la llegada de un hijo portador de necesidades especiales. Si el hombre contemporáneo fue expropiado de la experiencia, como dice Giorgio Agamben, estos autores la reanudan literariamente justo para probar que sus vidas no están hechas apenas de palabras.